

El ocaso de los anfibios

La degradación de sus hábitats abocan a algunas especies a la extinción

Sergi García

Las ranas, sapos, salamandras y tritones, esos peculiares seres anfibios que son a un tiempo acuáticos y terrestres, no están pasando por un buen momento. Desde hace algunos años se viene registrando un descenso mundial y generalizado de sus poblaciones. Algunas especies incluso han dado un salto inopinado, súbito y definitivo hacia la extinción. Han desaparecido.

Es ya clásica la desventura del sapo dorado (*Bufo periglenes*). Antaño, en primavera, miríadas de individuos invadían para aparearse los cristalinos cursos de agua del bosque costarricense de Monteverde. En el año 1987 solamente se contaron 500 ejemplares; en 1988, diez; en 1989, sólo un macho adulto, y en 1990 la especie dejó de existir.

No tuvo mejor suerte la rana gástrica (*Rheobatrachus silus*). Este batracio, originario de Australia, tenía una peculiaridad irrepetible e ignota: la hembra ingería los huevos recién fecundados por los machos. Los renacuajos nacían y se desarrollaban en el vientre materno, en concreto, en su estómago, que por lo demás no difería al de cualquier ser vivo, segregaba sus correspondientes ácidos disolventes y corrosivos, salvo cuando albergaba a su progenie. Las pequeñas ranitas, ya formadas, emergían a la luz por la boca de la madre, componiendo una imagen más propia de bestiario medieval que de tratado científico.

Cómo respiraban los renacuajos y cuál era el mecanismo bioquímico que neutralizaba los ácidos digestivos es y será un misterio. Fue descubierta en 1973, y poco después alguna empresa farmacéutica de renombre envió a sus especialistas a que desentrañaran el enigma, que habría solucionado quizá muchos padecimientos ulcerosos. Llegaron tarde, en 1981 no quedaba ni un ejemplar.

Animales vulnerables

Estos y otros ejemplos ilustran la situación mundial por la que atraviesan los anfibios. Este cambio intrínco, extraño, kafkiano, que transforma el renacuajo con respiración branquial en adulto con pulmones y extremidades, prefigura la vulnerabilidad de estos animales.

Álex Richter y Gustavo Llorente, herpetólogos del departamento de Vertebrats de la Facultat de Biologia

de la Universitat de Barcelona, apuntan precisamente en esa dirección para explicar la situación crítica en que se encuentran. Estos animales precisan para su supervivencia de dos medios, el acuático y el terrestre, en buen estado de conservación: tal como están las cosas, demasiadas exigencias.

Sin embargo, especies como las mencionadas más arriba han desaparecido de hábitats en apariencia prístinos. Los investigadores señalan otros motivos, por supuesto no excluyentes. Parece ser que el cambio climático puede que sea uno de ellos. El aumento de temperaturas ha hecho acortar la temporada en que muchas charcas y lagunas almacenan agua, de forma que el desarrollo en tiempo de los renacuajos no se puede culminar. Otro factor es la incidencia deletérea sobre la delicada piel de los anfibios de los rayos ultravioleta, de cuyo exceso es responsable la delgadez de la capa de ozono. Tampoco debe olvidarse que, de forma natural, los anfibios tienen oscilaciones poblacionales notables, por lo que un mal año sumado a las causas anteriormente apuntadas puede provocar extinciones masivas.

Del delta del Llobregat –o lo queda de él–, dos especies de sapos, el común (*Bufo bufo*) y el corredor (*Bufo calamita*) han desaparecido, y otro, el sapo partero (*Alytes obstetricans*), está en

Las administraciones no les dedican tanto esfuerzo como a las aves

un tris. Según parece, se pueden contar con los dedos de las manos los ejemplares que quedan allí de esta especie, cuya reproducción, por cierto, es también muy peculiar, puesto que el macho se echa a la espalda la masa de huevos fertilizada y los acarrea hasta que están a punto de eclosionar, momento en que los deposita en el agua. El sapo partero es conocido por su canto, un silbido suave y repetido que se deja oír en las noches serenas y veraniegas de allí donde resiste.

Para Llorente y Richter, el declive y extinción de los anfibios del delta del Llobregat no es achacable, en este caso, a los efectos del cambio climáti-

co o a la magra capa de ozono, sino a algo más terrenal. Sin duda, el uso de pesticidas, la fragmentación de hábitats, la pérdida de usos tradicionales del suelo, la destrucción de entornos naturales para construir edificios y equipamientos, la introducción de especies exóticas como la gambusia, que como si fuese una menuda piraña, devora huevos y larvas, son los detonantes directos.

Esta situación se da en otros puntos de Catalunya o de la península, pero, en general, como las administraciones no dedican tantos esfuerzos a este grupo animal como a otros –sería el caso de las aves– no se tiene un conocimiento preciso de conjunto.

Otro gran problema es la aparición de enfermedades emergentes, básicamente provocadas por hongos y virus, que pueden infectar a poblaciones enteras y diezmarlas dramáticamente. En el 2004 y el 2005 se produjeron, por estas causas, mortandades masivas de sapos comunes en Rascafría (Madrid) y, cerca, en el circo del Nevero, próximo a Peñalara, una mortandad masiva de sapo partero probablemente haya acabado con la especie en la sierra madrileña. Según parece, la cosa puede empeorar.

Hace dos años, diversos colectivos y asociaciones, como Adianthus y Fundació Emys, impulsaron un pro-

yecto de seguimiento de anfibios en Catalunya (SAC), asesorados por la Universitat de Barcelona. Su objetivo es, a largo plazo, evaluar la evolución de las poblaciones de anfibios catalanes. En otra línea de trabajo, la Fundación Biodiversidad, dependiente del Ministerio de Medio Ambiente, está llevando a cabo una campaña llamada SOS Anfibios, para toda España, destinada a localizar y estudiar los episodios epidémicos y a buscar soluciones al problema.

De forma más local, pero no por ello menos importante, se ha iniciado en Barcelona una campaña emprendida por voluntarios para localizar poblaciones de anfibios en los parques y jardines de la ciudad, donde aún se pueden encontrar ranitas meridionales (*Hyla meridionalis*), rana común (*Pelophylax perezi*), sapo partero y sapo corredor, presente en el último rincón agrícola de Barcelona, los huertos regados por el Rec Comtal.

El agricultor barcelonés, también el último, cuando excava con su azada los surcos por donde se deslizará el agua de la acequia, que empapará los campos, suele dejar charcas efímeras que el veloz sapo aprovecha para depositar su descendencia. Los diminutos renacuajos crecen rápido en esa pincelada de agua, pero quizá no tanto como para evitar que el AVE les acabe pasando por encima.

Sea como sea, es de temer que ver ranas y sapos se nos hará cada vez más difícil si no se remedia, y quizá tengamos que buscar otros protagonistas para explicar a los niños que en el interior de un sapo verrugoso y feo puede haber oculto un hermoso, apuesto y prometedor príncipe.●



Un niño juega con un sapo en un rincón de Sudamérica, refugio de estos animales

CORBIS

